

contrato alguna otra razón que hacía temer á sir Ricardo desmerecer á los ojos de la joven?

Adopté interiormente esta conclusión, que era la más verosímil y que me explicaba por qué el señor Brundel había llevado á Manuela, por medio de aquel género de vida, á contentarse para el porvenir con una tranquila amistad. La había dejado hundirse en la indolencia y acostumbrarse á la existencia fácil y exenta de emociones que él la había creado.

En su ausencia había yo llevado el desorden, la pasión y el sufrimiento á aquella alma que tan hábilmente había él aletargado. Sir Ricardo debía maldecirme, y no pude menos de admirar el triunfo de su fuerza de voluntad sobre mi debilidad.

Después que Manuela estuvo charlando un rato con la mayor animación, se quedó como cansada. El sol se ponía, y sir Ricardo dió orden de volver á casa. Manuela dejó caer la cabeza en el hombro de su amigo, que estaba á su lado en el carruaje.

—Querido Laureano— me dijo sir Ricardo con exquisita naturalidad— veo que esta niña se ha quedado dormida, y yo no podría sostenerla sin fatiga. Ocupad mi sitio. Estas cosas son de vuestra edad.

Levantó dulcemente la cabeza de Manuela y

me hizo sentar á su lado; pero al cabo de un instante la joven se despertó y se puso á hablar otra vez vivamente, estrechándose contra mí con ardor. Pronto ví que le volvía la fiebre. ¡Debía matarla mi solo contacto!

Al día siguiente tuve esperanza de haberme engañado, pues Manuela estuvo mucho mejor todo el día, y este alivio se acentuó de tal manera por la noche, que decidimos ponernos en marcha al día siguiente.

Manuela había dirigido sin fatigarse toda la intrincada *confección* de su enorme equipaje y estaba loca de contento al hacer un viaje tan agradable entre su *amor de padre* y su *amor de marido*. Pensaba que jamás había de separarse ni del uno ni del otro, y yo conseguí contenerme para no turbar su ilusión. La ví tan bien, que al llegar á Francia la creí completamente curada.

XII.

Nos embarcamos en Génova y desembarcamos en Marsella. En cuanto estuvimos instalados en el hotel, salió sir Ricardo para ir al correo.

Preparaban la comida. Manuela y yo estábamos

en un gran salón, escasamente alumbrado por un par de bujías. Era la primera vez que nos encontrábamos solos desde la terrible entrevista en que sir Ricardo nos había sorprendido. Manuela vino á mí con los brazos abiertos.

—¡Qué esquivo eres conmigo!—me dijo.— No me has dado un beso ni me has dicho una palabra de amor durante todo el viaje..... ¡Ah! no me amas ni me amarás nunca como *él*.

—¿Él?—dije sin poder contener mi repentina cólera.—¿De quién habláis? ¿Del oficial de Pamplona, del profesor de música, ó del señor Brun-
del?....

Me detuve, asustado de mi violencia. Manuela se había puesto densamente pálida, pero seguía sonriendo.

—¡Qué celoso eres!—exclamó.—El señor Brun-
del no me ha reprochado jamás el pasado con esa amargura.

—¿Es él el preferido? Pues tenéis que escoger entre él y yo, Manuela.

—¡Escoger!.... ¿Tendré que dejar á ese ángel que me ha permitido amarte? ¡Ah! ¡qué injusticia y qué crueldad!

Hice vanos esfuerzos para contenerme. Cada una de las palabras de Manuela me exasperaba

más. Aquella naturaleza espontánea carecía siempre de tacto y de oportunidad. Creyó que había llegado el momento de explicarnos en cuanto á nuestro porvenir, y que era necesario no dejarlo escapar. Provocó una discusión que ni el uno ni el otro estábamos en estado de sostener prudentemente, y me obligó á decirle que quería dejar al señor Brun-
del para siempre.

—Bueno—respondió—te seguiré, y mi voluntad será la tuya, pues que te pertenezco.

Y se arrojó á mi cuello; pero la sentí desfallecer y deslizarse en mis brazos, y hubiese caído al suelo á no haberla sostenido y llevado á una butaca. Estaba fría, inmóvil, y hubo un instante en que la creí muerta.

Llamé precipitadamente. Dolores vino á ayudarme á hacerla volver en sí. Manuela se había desvanecido sonriendo, y se reanimó del mismo modo. Dolores me miró con aire de reproche, adivinando que yo tenía la culpa de todo aquello.

La joven no tardó mucho en recobrar por completo sus sentidos; pero su respiración era febril y su fisonomía estaba alterada. Un instante de estar á solas conmigo había bastado para destruir el bienestar adquirido durante algunos días. Manuela nos suplicó que no dijésemos nada al señor

Brundel, pues temía asustarle. La pobre hizo un gran esfuerzo por su parte para que no notase nada, comiendo á la fuerza y teniendo que retirarse antes de acabar la comida, pretextando que estaba vencida por el sueño.

Yo estaba sumamente inquieto, y noté que al señor Brundel le pasaba lo mismo.

—Os suplico—le dije—que no salgamos de aquí sin llamar á consulta á los primeros médicos. La responsabilidad que pesa sobre mí es demasiado grande.

—Bueno—dijo levantándose—voy á casa de mi amigo C..... á rogarle que venga mañana. Id vos á avisar á los demás.

Salí, y pronto despaché mi comisión, volviendo á poco, triste y pensativo, cuando sentí que me tocaban en el hombro; me volví y ví á mi amigo Vianne, que me abrazó cariñosamente.

Acababa de llegar á Marsella, llamado por un negocio, y al momento quiso instalarse en el mismo hotel que yo, subiendo ambos á mi habitación.

—¡Ah, ah!—dijo al verme á la luz de la lámpara.—Tu actitud no me había engañado en la calle. No eres el mismo; á tí te ha sucedido algo. ¿Has estado enfermo? ¿has tenido alguna contra-

riedad? A mí hay que decírmelo todo. Tu madre y tu hermana no deben verte con esa cara, porque se asustarían.

—Te lo diré todo, pero antes háblame de ellas. Hace mucho tiempo que no me escribes. ¿Las has visto últimamente? ¿Sigues escribiendo á mi hermana? ¿Esperas decidirla al matrimonio? ¡Si supieras cómo necesito pensar en su felicidad y la tuya para soportar mi mala suerte!

—¡Tu hermana! ¡tu hermana!—exclamó Vianne mirándome con fijeza y subrayando estas palabras de una manera extraña.—Tu hermana Juana.....

—Y bien, ¿qué hay?—exclamé.—¿Qué le ha sucedido á mi hermana? ¡Habla pronto, que me asustas!

—No, no; nada malo le ha ocurrido, á Dios gracias. Creí que sabías..... pero por lo visto me he equivocado..... no sabes una palabra. Pues bien, tu hermana no me amará nunca. Me había permitido escribirla, y no ha recibido ni aun mi primera carta. Tu madre me la ha devuelto sin abrir, rogándome que fuese á hablarla. He ido, en efecto, y me ha dicho cosas que se reserva decirte ella misma.

—Pero ¿qué cosas? ¿Ha dispuesto Juana de su porvenir?

—Juana es un ángel y yo soy tu mejor amigo. Hé aquí la explicación con que tienes que contentarte hasta nueva orden. Su salud es buena y está más bella que nunca. Tu madre también está bella y es buena como un ángel. ¡Sé digno de las dos! Temo que hayas hecho alguna locura. Me has dicho que eres desgraciado; vamos, habla pronto. Es importante que no me ocultes nada; ¿me lo prometes?

—Te lo juro.

Le referí hasta en sus menores detalles todo cuanto había pasado entre Manuela, el señor Brundel y yo. Me escuchó atentamente, y cuando llegué á la conclusión de que la vida de Manuela me parecía amenazada por mi amor, me dijo:

—Basta; lo esperaba. He seguido tu relato como amigo y como médico; el médico te declara que debes romper para siempre con Manuela, porque la efusión la matará, y el amigo te prescribe lo mismo, porque tu posición es imposible. No puedes soportar la rivalidad con el señor Brundel, pues por inocente que su intimidad con Manuela pueda parecer á las gentes desinteresadas, para un amante, como para un marido, no hay intimidad en absoluto inocente entre personas que han pensado pertenecerse. El señor Brundel perdona-

rá á esa joven, aunque le cueste mucho trabajo, porque la ama por costumbre, y la costumbre es en la vejez una segunda naturaleza. Él solo, bien lo habrás observado, puede perdonarlo todo, y está más comprometido que tú que aceptaste el porvenir en una hora de vértigo, mientras que él ha aceptado el pasado durante muchos años de abnegación. Tus sentidos te han engañado, mi querido Laureano, y aun más que tus sentidos, tus teorías sobre la rehabilitación de las almas desviadas. ¿Te acuerdas de nuestras discusiones? Héte aquí haciendo el experimento fatal de nuestros problemas filosóficos. ¿Se puede lavar un alma como se lava un lienzo? Yo decía que no, y lo sigo diciendo. Por sincero que sea el arrepentimiento del pasado, está la organización que protesta y cuyo primer arranque queda invencible. Esa española te ha amado sin reflexión y sin razonamiento, como á los diez y seis años amó al oficial que la robó del convento de Pamplona. Desde ese día seis años han transcurrido en el retiro y la abstinencia, con la voluntad bien entendida de llegar pura al matrimonio, y ahí la tienes que de repente abandona ese proyecto tan lentamente madurado y te le sacrifica, únicamente porque tienes veinticinco años y eres un guapo chico. Tú admiras

ese sublime sacrificio con la vanidad inseparable de la inexperiencia y de la juventud; le encuentras tan meritorio, que das en cambio tu honor, el dueño soberano de toda la vida; pero ahora hay que retroceder, pues al cabo de tres dias te apercibes de que no te han sacrificado nada; de que la salud, la calma, la ternura y la alegría están en las manos magnéticas de sir Ricardo. Tú no haces más que llevar los transportes de tu vitalidad á una enferma que los llama, pero que no puede participar de ellos sin morir. ¿Sabes lo que tienes que hacer? Parcir al instante, ir á contárselo todo á tu madre. No puedes temer que ella te dé un consejo egoísta y cobarde, porque es un alma superior. Creo que te prohibirá confiar nada á tu hermana; tu sentimiento por Manuela no es bastante puro para que ella le conozca, y si, como espero, esto no pasa adelante, la evitas un sentimiento inútil. Vé, pues, sin esperar el permiso de Manuela, porque no le obtendrías sino reiterando promesas que no piensas cumplir. No consultes tampoco al señor Brundel, cuyo papel en todo esto queda bastante obscuro; tu madre ante todo. El correo pasa por aquí á las doce de la noche. Tiene, pues, tiempo de disponerlo todo.

—Tus consejos son buenos —respondí— pero

no te he dicho que mañana debe tener lugar una consulta de médicos y no puedo menos de darles cuenta de los síntomas observados por mí y de los resultados de mi medicación.

—Es muy justo. Pues bien, vamos á dormir, y mañana al salir de la consulta te pondré en camino de tu país natal.

Mi alcoba tenía dos camas. Vianne se arrojó en la más próxima y se durmió en seguida.

Al escuchar su respiración igual y tranquila, me pregunté si alguna vez había conocido el amor, y si la negativa de Juana era un disgusto serio para él.

El señor Brundel creyó no deber ocultar á los médicos que Manuela estaba en vísperas de casarse y que su prometido la inspiraba un sentimiento muy exaltado. Dos médicos declararon que era necesario apresurar el matrimonio, y los otros cuatro dijeron que esa sería su sentencia de muerte. Había, según estos últimos, que alejar á su prometido, distraerla y hacérsele olvidar á toda costa.

—Si está inconsolable—dijo el señor C...—vivirá seis meses; pero si se casa no dura seis días.

—Ahora—me dijo el señor Brundel cuando estuvimos solos—todo ha cambiado. Tenemos dos

probabilidades de perderla, y una sola de poderla salvar; creo, amigo mío, que no vacilaréis.

—Parto en este instante—respondí.

—¿Renunciáis á ella—replicó con vivacidad—para siempre, aun cuando curase?

—En ese caso no puedo ni debo. He dado mi palabra, y ella sola puede devolvérmela.

—¿Pensaríais así si vuestra madre os aconsejase de otro modo?

—Mi madre no puede aconsejarme que falte á una palabra, aunque la haya dado imprudentemente.

—Una promesa que cause la muerte de la persona amada, ¿no debe ser nula el día en que se conocen sus funestas consecuencias?

—Estamos razonando sobre una hipótesis. Habéis supuesto el caso de curación completa.

—Muy bien; pero aun queda otro caso que prever; aquel en que Manuela, curada, reclamase de vos su libertad.

—Me sometería á su deseo—respondí.

Y me despedí de sir Ricardo, el cual me pareció desenmascarado por completo. Seguía amando á Manuela, la amaba quizá más que nunca y quería disputársela obstinadamente á la muerte y á mí. Tomaba una revancha, con la cual sin duda había

contado. Su desinterés no había sido probablemente más que paciencia.

Estaba casi resuelto á no marcharme cuando Vianne vino á buscarme para conducirme á la diligencia.

—¿Quién sabe—le dije—si el sentimiento de mi marcha y la extrañeza de no haber recibido mi despedida serán fatales para Manuela? ¡Va á creer que la he engañado y la abandono!

—El señor Brundel procurará tranquilizarla.

—¡El señor Brundel trabaja por su cuenta!

—¿Ahora lo notas? Pues ten seguridad de que ganará su causa; la perdonará y se casará con ella. ¿Vienes?

—¿Qué sé yo? Ya que en todos los casos hay que arriesgar la existencia de esa pobre niña, ¿por qué he de dejar á otro la tarea de la abnegación y la gloria del triunfo? Si yo consiguiese.....

—O te vienes, ó no te vuelvo á ver en mi vida—exclamó Vianne.—No me gustan las cobardías. Si eso es amor, desprecio ese sentimiento egoísta y jamás quiero conocerle.

Me acompañó hasta la diligencia, y como tenía necesidad de permanecer dos días aún en Marsella, me prometió informarse de la salud de Manuela y darme noticias suyas. Yo le había presen-

tado al señor Brundel, que le había hecho muy buena acogida, instándole repetidas veces á que volviese á su casa.

Mi madre me esperaba, aunque no la había anunciado mi llegada; pero por lo que pude ver, sostenía correspondencia con el señor Brundel, y la encontré muy enterada de los secretos de mi corazón.

—El ver que no has tenido valor para escribirme todo eso—dijo mi madre—me indica que hay algo grave entre esa española y tú. Ya lo temía yo, y tu alterada fisonomía me dice que tenía razón en atormentarme. ¿Sabes al menos quién es ella?

—Es la hija de Antonio Pérez, y ella misma me lo ha confesado todo, hasta su falta..... ¿pero cómo estás al corriente?..... ¿Te lo ha contado todo el señor Brundel sin consultarme? ¿ó ha hecho á Manuela que se confiese contigo sin conocerte? ¡y yo que hubiese querido tener el mérito de mi propia confesión!

—Muchas preguntas me has hecho á la vez, hijo mío. Ya te iré contestando, y verás que sir Ricardo es digno de toda tu consideración y respeto. Sólo te pido dos ó tres días para hablar contigo y decidir.

—¿Quieres esperar el recibo de una nueva carta del señor Brundel?

—Quizá.

—Ignoraba que se hubiese metido á alterar la paz de nuestra casa.

—¡Más has alterado tu la paz de la suya!..... No te muerdas los labios, que no estás para perder ni una gota de sangre. ¡Estás tan pálido, pobre hijo mío! Quiero saberlo todo, pues en una carta no se pueden dar todos los detalles necesarios para poder formar juicio. Tranquilízate, que mañana hablaremos, pues oigo que tu hermana vuelve de paseo y va á tener una sorpresa al verte. No tengo necesidad de decirte que ignora por completo tus aventuras, y que tengas cuidado de no dejar escapar una palabra delante de ella.

Juana entró, y su emoción al verme fué tal, que se puso pálida; pero en seguida recobró sus frescos colores y se arrojó en mis brazos con efusión. Nunca la había visto tan bella ni tan cariñosa conmigo. ¡Qué contraste con la pálida y calenturienta Manuela! La vida se desbordaba en aquella organización privilegiada, pero su curso era tranquilo y mesurado, poderoso y sin intermitencia. ¡Qué inteligencia tan clara se reflejaba en aquellos ojos azules como el cielo! ¡Qué

franca era la purísima sonrisa que iluminaba su rostro!

—¡Dios mío!—le dije—¡qué hermosa y robusta estás! Veo que la música es un buen régimen para la salud.

—No es la música—respondió Juana abrazando á nuestra madre—sino esta personita. Al separarse de ella se pierde la salud, pues veo que tú estás desmejorado, has necesitado volver al redil. No tengas cuidado, que ya te mimaremos ahora. Yo misma quiero hacer algún extraordinario en la comida, con tu permiso mamá, y te prometo no estropear por ello mis manos de pianista.

—¿Vas á ocuparte de la cocina? ¡tú!..... ¡cómo has cambiado!

—No, no he cambiado. Tengo los mismos instintos de princesa; pero veo que mamá se cansa, y no hay princesa que valga. Hace más de veinte años que me sirve, y es natural que yo pretenda servirla á mi vez..... ¿Vas á ayudarme?

—¿A guisar?..... ¡si no entiendo una palabra de eso!

—Pues si es necesario, á guisar. Veo que tus libros te han hecho palidecer, y quiero hacerte trabajar como un segador, te lo advierto.

—No deseo otra cosa. ¿Qué hay que hacer?

Manda y obedeceré, que tengo gana de trabajar. ¡Hace tanto tiempo que vivo como un príncipe! ¿Hay que encender el fuego?

—Todavía no. Descansa por hoy de tu viaje. ¿Cómo has dejado al señor Brundel?

—¿El señor Brundel?..... es verdad que tú le conoces ahora.

—¡Ya lo creo! Ha venido dos veces á vernos; una al ir y otra al volver, y esta última ha estado tres días con nosotras.

—¿De veras? Mamá no me lo ha dicho. ¿Y te ha gustado mi gentleman?

—Mucho. ¡Te quiere tanto y es tan bueno! Háblanos de él y de la..... señora.

—¿Qué señora?—dije mirando á mi madre con aire estupefacto—¿Sabe Juana?.....

—El señor Brundel—replicó mi madre con calma—nos ha hablado de sus interioridades domésticas. En tres días se pueden decir muchas cosas cuando se simpatiza, y nos ha confiado que tenía en su casa una hija adoptiva, que no era su mujer como suponían, pero con la cual pensaba casarse para demostrarla su estimación. Después me ha contado á mí la historia de esa joven que me interesaba, porque he conocido á su padre, con muy malos antecedentes por cierto; pero esa no es una

razón para que la señorita Manuela no sea una persona virtuosa.

—Yo estoy segura de que es encantadora—replicó Juana con ingenuidad.—El señor Brundel no puede hacer sino una buena elección. Tú que la conoces, Laureano, háblanos algo de ella.

—Eso no puede interesarnos gran cosa—respondí;—mejor es que hablemos de tí. ¿Has hecho grandes progresos en la música?

Y como viese que iba á insistir para que la hablase de Manuela, la interrumpí diciendo:

—Vamos, toca algo, tengo sed de música. ¡Hace tanto tiempo que estoy privado de ella!

—Será preciso confesarte que hace ocho días que no abro el piano. No he vuelto á tocar desde que estuvo aquí el señor Brundel.

—¿Has perdido tu afición á la música?

—Al contrario; pero en eso, como en todo, hay sus fases de recogimiento.....

—Además es necesario que se ocupe de la comida, según ha prometido—dijo mi madre—y por hoy no me mezclaré yo en nada, á fin de quedarme contigo. Vamos, Juana mía, no hay tiempo que perder si quieres servir á tu hermano sus platos favoritos.

Juana salió cantando alegremente.

—¡Qué transformada está!—dije á mi madre.—No la reconozco al verla con esa alegría y esa animación. ¿Dónde han ido aquellos accesos de melancolía y aquellas horas de tristeza sin causa?

—Todo eso se ha modificado poco á poco, conforme ella, que era delicada, se ha ido robusteciendo cada vez más.

—¡Pero qué transformación tan rápida! ¿No será debida al paso de sir Ricardo?

—¿Qué quieres decir?—respondió mi madre mirándome fijamente.

—¡Ah! no sé; pero el señor Brundel me ha parecido tan prendado de la belleza y el talento de mi hermana que he pensado que quizá se habría enamorado de ella.

—¡Qué locura!

—¿Por qué no? Ese anciano tiene el corazón joven y la imaginación viva. En cuanto se vió suplantado me dijo que su matrimonio no se descomponía por eso, sino que sería con persona más á propósito para él.

Mi madre me escuchaba riendo.

—Si me dijese que el señor Brundel pensaba en mí—exclamó—te diría que estabas loco; pero al creer que se refería á tu hermana, eres verdaderamente tonto.

—Es posible. Sin embargo, sir Ricardo tiene grandes seducciones, y yo mismo le miro como un rival temible. ¡Son tan extrañas las mujeres!

—Juana no tiene nada de extraña, y te ruego que no continúes esa broma, que había de herirla y que me aflige.

—Perdónamela; pero dime si Juana ama á alguien.

—¿Qué te lo hace suponer?

—He hablado con Vianne, el cual renuncia á Juana sin decirme por qué, pues cree que es á tí á quien corresponde hacerme cierta revelación que espero impaciente.

—¡Y seguirás esperando!.... Si hubiese en el corazón de mi inocente hija un secreto cualquiera, no te le diría antes de saber si el tuyo permanece digno de recibir tan delicadas confidencias.

—¡Ya no tienes confianza en mí!.... Creía encontrar aquí el bálsamo para la herida, y sólo siento que se redobra mi tristeza, incertidumbre y confusión.

—¡Hijo mío!—exclamó mi madre oprimiendo mi cabeza contra su seno;—¡cuándo pienso que á no ser por ese capricho que te ha inspirado una desconocida, hubieses podido ser tan dichoso!.... Pero quizá todo esto tiene menos gravedad de la que

pensamos. Tengamos paciencia y ocultemos á Juana nuestras angustias.

—Tendrás que confesar que siempre la has querido más que á mí; pero no estoy celoso: los sentimientos puros y sagrados ignoran lo que es egoísmo.

La comida fué sencilla, como todas nuestras costumbres; pero llena de todos esos detalles cariñosos de familia que constituyen la felicidad. Juana estuvo contenta y cariñosa; nuestra madre adorable. Me dieron vino del que se hacía en nuestra casa, que yo prefería á todos los del mundo: mi hermana pretendía emborracharme, pero la embriaguez sólo ganó mi corazón. En el hogar de la familia hay una influencia verdaderamente soberana. En un momento olvidé mis tristezas, imaginándome que tenía aún doce años.

Después de comer Juana cedió á mis ruegos y se puso al piano. Estuvo admirable y me sumergió en un éxtasis tan delicioso, que al entrar en mi alcobita de la infancia me pareció que estaba curado por completo de mi amor á Manuela.

Al día siguiente mi madre escuchó mi confesión entera, impregnándose en ella, por decirlo así, pues me interrumpió con cien mil preguntas tan meticulosas, que llegó á ver en mí como en un es-

pejo. Sin embargo, no pronunció aún su fallo y se negó rotundamente á hacer ninguna reflexión, no ocultándome que esperaba una carta de sir Ricardo para conocer más á fondo la situación.

XIII.

Este tiempo de espera se pasó en visitas que tuve que devolver á nuestros amigos, y en paseos á que mi madre y Juana me rogaron las acompañase. Juana, en otro tiempo dedicada por completo á sus estudios, tuvo gusto en salir conmigo, interesándose en todo lo que pudiera distraerme. Al hablar largos ratos con ella me chocó su vasta instrucción. Desde que éramos colegiales no habíamos hablado nunca juntos de ninguna cosa en que pudiera apreciarse el valor de la persona con quien se disente; así es que puedo decir que no la conocía verdaderamente. Juana había vivido siempre en una especie de aislamiento en que la gustaba encerrarse misteriosamente; pero ahora salía de él como la brillante mariposa, desplegando sus alas. La gustaba poetizar sus apreciaciones; pero ella misma se reía de esta tendencia romántica, que le seducía á uno al escucharla; tan bien decía

lo que quería decir. Aquella alma muda que por tanto tiempo sólo había encontrado su única expresión en la música, parecía ahora haber adquirido el don de manifestarse por la palabra. Yo la ocultaba mi sorpresa y mi admiración en el temor de despertar un orgullo que yo mismo sentía al verla, admirando sobre todo la belleza de sus ideas y la aplicación que hacía de sus sentimientos. No se adivinaba en ella á la niña, porque no lo veía todo de color de rosa; pero lo que era negro lo iluminaba con los rayos de su indulgencia y de su piedad. Parecía haber tomado la resolución de extender su amor por todo el mundo y de sacrificarse universalmente, por decirlo así. Juana decía haber leído muy poco. ¿Era, pues, en el éxtasis musical donde había encontrado la revelación de aquellos tesoros de mansedumbre y de aquellos manantiales de amor y caridad?

La admiración y ternura que me inspiraba mi hermana iba creciendo; hablé de esto con mi madre, y empecé á comprender que una mujer como Juana no hubiese encontrado aún nadie que fuese digno de su amor. Hasta mi querido Vianne me parecía ahora sumamente inferior á ella y no me hubiese atrevido á defender su causa.

—Es porque tú no has comprendido nunca á